



**Helena Erguido, 80 años.**  
**Tania Herreras Morales, 22 años.**

## La sombra de una actriz

“¿Qué es la vida? Una ilusión, una sombra, una ficción; y el mayor bien es pequeño, que toda la vida es sueño, y los sueños, sueños son...” – Algo sin definir, pero nada etéreo ni superficial, lleno de ideas, anécdotas, amor, felicidad y sobre todo, arte; todo este conjunto resume a Elena Herguido como persona.

Un mundo lleno de fantasías, magia e interpretación comenzaban un 22 agosto de 1925. Un pueblecito en Arcos de Jalón Soria era testigo de sus pasos. Su despreocupación por el futuro y el qué dirán, se abrió paso en un escenario típico de la Guerra Civil. Alejada del conflicto, el teatro se convertía no sólo en un entretenimiento sino en una pasión. Pasión que terminó modelando a una gran artista. “Mamá Inés”, “Qué sólo me dejas”, “La vida es sueño”, “La oración en el huerto” y “Para que es el mundo”, transformaban a Elena una vez en el escenario. Pero cuando terminaba, necesitaba más. Algo que mantuviese su mente ocupada. No podía derrochar ninguno de sus pensamientos. Artista sin escenario su vida giraba en torno a la poesía. Cada escena, cada momento y hasta cada instante se merecían no caer en el olvido; los versos eran la excusa perfecta.

Mirando a un lado y a otro, bajo su sombra, alguien le acompañaba. Era su hermano Isidro. Sólo su profesión perfilaba un camino: escritor del ejército del capitán. Su sabiduría, o más, bien el analfabetismo de aquel entonces, se convertían en su verdadera cárcel. Elena recuerda con nostalgia aquel momento. Su hermano era cogido prisionero, por el conocido como Ejército de los Rojos.

¿Y su destino? ¿Y su futuro? Su mente dejó de crear. Parecía que ya nada existía, no había nada más allá, nada que expresar, la poesía y el teatro habían muerto para ella.

Isidro fue trasladado a Godella, en Valencia. Cientos de kilómetros le separaban de su familia. Pero Helena, su hermana pequeña, parecía transmitirle su fuerza, su esperanza y sus versos. Sobrevivir era su reto, y el escribir su fortaleza. Debajo del sagrario de la Iglesia de San Bartolomé encontró donde cobijarse. Hasta las cáscaras de naranja secas parecían aportarle esa energía que ni siquiera existía.

Cada día a la misma hora, Isidro salía a respirar un poco aire fresco. Era la hora del rancho de comida. No le hicieron falta muchos días para darse cuenta de la presencia de dos jóvenes en un balcón. Una de ellas, Carmen, conquistó su corazón. La desesperación y ansiedad por qué acabase la guerra, y poder regresar a su tierra, se detuvo. A partir de entonces, cada momento era el mismo momento, el mismo minuto y el mismo segundo. El reloj del tiempo ya no existía, no corría para él, ni siquiera avanzaba para el resto. Todos se habían quedado en el mismo sitio. Sólo quería tocarla, abrazarla, besarla. Sabía que si luchaba, ella sería su verdadero futuro. Pero ¿qué bando era el adecuado?, ¿qué ideología era la correcta?, ¿con cuál conseguiría su libertad?. Cuando de verás intentaba encontrar la respuesta a sus infinitas preguntas, alguien se cruzó en su camino: un guardián miembro del ejército Rojo. Astuto como el que más, dejó que sus ideas se difuminaran y cada uno entendiese lo que quisiese. Su silencio y picardía le dieron un cargo, que por lo menos le permitía vivir sin sobresaltos. Cuando conoció a Isidro, decidió tenderle la mano y se



convirtió en su principal aliado. Aliado de una guerra por amor. La mejor forma de combatirla, la poesía.

Así que las cartas, para esa guapa morena, comenzaron a fluir, nada podía frenar su imaginación, las palabras se entremezclaban formando versos que no tenían fin. Y el guardián era el encargado de que esa llama que se había encendido sola, se mantuviese viva.

La guerra parecía eterna. Carmen mandaba camuflados para Isidro botellas de leche con calzoncillos y mudas. Ninguno de los dos estaba dispuesto a rendirse.

Mientras la pequeña Elena esperaba noticias de su hermano. Ella era también en parte Celestina de ese amor prohibido.

Una fecha marcaría sus vidas, la igual que para muchos españoles: 28 de marzo de 1939. Las fuerzas nacionalistas declaraban el final de la guerra. En Arcos de Jalón, los militares se encontraban pelando patatas. Peculiar fue su forma de celebrarlo. Y es que al son de "La guerra ha acabado, hemos ganado", las patatas rodaban por la calle principal. Los ojos de Elena se llenaban de lágrimas. Por fin podría ver a su hermano.

El tiempo ahora parecía retroceder. Cada uno tenía un hueco, una tierra, un origen, que durante la guerra habían dejado de lado. Ahora no era el ejército el que separaba a Carmen y a Isidro, sino la familia. Ella era la hermana mayor. Debía encargarse de los almacenes de arroz que poseía su padre. Isidro, debía volver a su casa. Sus padres y sus tres hermanos le necesitaban. Él se encargaba de la contabilidad de una pequeña tienda en el pueblo. Todo volvió a la normalidad. Pero Helena notaba algo diferente en los ojos de su hermano. Indiferencia o más bien tristeza. Ella le alentaba para continuar. Su hermano era un héroe, y como caballero de su más preciada poesía, debía alcanzar a su amada. Así las palabras volvieron a unirlos. Era el orgullo de su casa, y poco a poco, de la casa de Carmen. Isidro consiguió un buen puesto de trabajo: una plaza como funcionario en el Instituto Nacional de Previsión. Es en este preciso instante cuando el reloj del tiempo se paró de nuevo. Sus agujas dejaron de contar los minutos y segundos. Ya no hacía falta. Las campanas de boda resonaban en la misma Iglesia, la de San Bartolomé, donde Isidro había estado prisionero durante la guerra. A lo lejos se escuchaba "Filla megua eres igual que Isidret". Elena estaba allí.

Los años pasaron. Arcos de Jalón y Godella estaban ahora unidos para siempre. Isidro y Carmen tuvieron seis hijos. Bautizos, comuniones y bodas...San Bartolomé debía ser testigo de la felicidad de esa familia. El había sido artífice de ese amor; y cuando ese amor se rompió por la mayor tragedia, la muerte, también debía serlo. El alma de Isidro debía permanecer allí, y así fue, junto a los suyos, junto a su querida Carmen, sus hijos, y como no, su filla megua, Elena.

## Lo importante de la vida

Sueños rotos, o más bien sueños por cumplir. Con ochenta años a sus espaldas Elena conserva la misma vitalidad de su juventud. El aspirar a más nunca ha sido su reto en la vida. Sino el ser feliz. Hasta ahora lo ha sido y lo sigue siendo. No hay nada que eche en falta. Sin marido y sin hijos su recorrido ha estado marcado por hacer reír. Eso es,



hacer reír, hacer felices a los demás, aportar esa pizca o ese punto dulce del día a día, de su despertar. La imaginación, la creatividad y sobre todo, la interpretación han sido su bastón en el que apoyarse para enfrentarse a cada nueva situación.

Durante años, una vez asentada en Madrid, trabajaba repartiendo las comidas a los enfermos en el Hospital de La Paz. Todos la esperaban. Sus alocadas ideas hacían encontrar en un lugar tan desalentador la esperanza. Hay un día en especial. Uno en el que Elena, se disfrazó de novia, con los manteles blancos de papel de la sala de médicos. Risas y carcajadas inundaron por unos minutos, cada rincón del hospital. Hasta la más triste historia, el más trágico destino de los que allí se encontraban, se perdía bajo su atenta mirada. El suyo es un arte especial.

Diferentes personas, vidas y lugares se han cruzado ante sus ojos. Todos con la misma visión. Disfrutar de la vida. Quizás eso es lo que mantiene vivo su espíritu, sus ganas por hacer más y más cosas. Sus pequeños achaques por la edad pasan inadvertidos bajo una coraza que sorprende hasta sus más allegados. Ahí es donde se encuentra su verdadero apoyo. Y es que sus sobrinos, su única familia, forman parte de su existencia, son parte de su persona.

Hace tres años, un 22 de agosto, celebró su cumpleaños. Llevaba años queriendo reunir a su familia, algo prácticamente imposible. Siempre era alguno el que tenía trabajo, un viaje pendiente o cualquier otro imprevisto de última hora. Aunque como por arte de magia, a tres kilómetros de Cuenca, en un paraje encantador, tuvo lugar el deseado encuentro. Quince casas rurales se convertían en un escenario, en el que 57 miembros de su familia se convertían en actores secundarios. Helena, como no era la protagonista y como buena anfitriona, no se hizo de rogar. Este momento debía permanecer en sus mentes para siempre. Guardaba un as bajo su manga: una bonita poesía.

Sus ojos se inundan de lágrimas al recordar ese día tan especial. Hoy sólo le queda un sueño por cumplir: volverse a subir a un escenario y que el público que le aclame sean todos los miembros de su familia.